

gía contemporánea (Ireneo, Orígenes, Tertuliano, Agustín, Tomás de Aquino, Lutero, Calvino, Schleiermacher, Barth, Rahner, etc.), pasando por textos magisteriales y confesionales (los símbolos apostólico y niceno, los decretos de Cartago y de Trento, las confesiones de Suiza (1536) y de Westminster, etc.).

La estructura general, útil para presentar una selección tan variada de enfoques teológicos, correspondería a un índice más o menos exhaustivo de grandes temas teológicos, en los que se han visto involucrados las generaciones de pensadores cristianos: naturaleza y fuentes de la teología, Dios, Cristo, salvación, pecado, gracia, Iglesia, Sacramentos, escatología. Las formulaciones teológicas han sido variadas en función de los enfoques y de las premisas que en cada caso pesaban sobre los autores diferentes, pero lo que interesa a este *Reader* es la posibilidad de una presentación simultánea de muchos testimonios. Jalones de una tradición teológica que se considera mayoritariamente convergente.

Los diversos índices al final de la obra, aunque breves, son útiles para los que se inician en el estudio de la teología: hay explicaciones sobre los autores y símbolos citados, listas bibliográficas para quienes deseen ampliar sus lecturas, un glosario de términos teológicos, un índice alfabético de conceptos y autores.

Como instrumento de introducción al mundo teológico, esta obra tiene indudable interés. Su mérito especial consiste en reunir formulaciones teológicas de tiempos antiguos y modernos, que son verdaderos hitos en la trayectoria de ciertos temas teológicos. La apertura de la obra a autores y posturas de diversas confesiones tiene también una utilidad ecuménica, porque permite al lector aso-

marse a mundos teológicos con los que quizá no esté tan familiarizado.

Sin embargo, a la vista de textos teológicos tan diversos (y en ocasiones encontrados), surgen espontáneamente preguntas de fondo como las siguientes. El grado de continuidad sustancial con la Tradición ¿no nos servirá de criterio para calibrar la fuerza de validez de una postura teológica? El quehacer teológico ¿se constituye como una instancia intelectual *a se*, o se halla convocado a responder a una fidelidad a la Revelación de Dios? ¿Qué tipo de saber busca realmente la teología: *ad hoc quod sciatur quid homines senserint*, o *qualiter se habeat veritas rerum*?

P. Urbano

Hugo A. MEYNELL, *Is Christianity True?*, Geoffrey Chapman, London 1994, 150 pp., 13, 5 x 21, 5.

Este libro recoge algunos artículos ya publicados anteriormente por el Autor, de ahí su falta de carácter sistemático. El Autor se dirige a un público amplio interesado en la fe cristiana, pero que alberga prejuicios contra algunos aspectos de la misma. Su carácter apologístico se manifiesta cuando Meynell afirma: «Si alguien no sostiene que sus propias creencias son razonablemente defendibles, entonces no es honesto» (p. 1).

Los temas que aborda son ya clásicos en los ensayos de teología filosófica publicados en el mundo anglosajón y pretenden afrontar los prejuicios más extendidos contra la fe cristiana: la pretendida suficiencia de una moral secular; el indiferentismo religioso; la imposibilidad de que Dios se encarne; el agnosticismo historicista; la supuesta contradicción entre

el dogma de la Trinidad y nuestra experiencia de una conciencia unitaria; el contraste entre nuestra convicción de la inevitabilidad de la muerte y la fe en la inmortalidad del alma.

El Autor tiene el acierto de no entrar sino sólo indirectamente en la cuestión de la existencia de Dios, pues —como es sabido— entre los norteamericanos y muchos otros éste no es ya un punto discutido; por ello se limita a explicar brevemente las características del ateísmo, especialmente del marxista. La cuestión principal que aborda es esta: «Si hay un Dios, ¿existe alguna razón para suponer que el cristianismo es verdadero?» (p. 128). Para responder a esta cuestión se subraya el efecto positivo que la fe cristiana ha tenido en la moralidad del mundo occidental, en el desarrollo de la noción de *persona* a través del dogma trinitario. Es decir, sus argumentos en pro de la racionalidad del cristianismo son fundamentalmente históricos.

En realidad, como se aclara en las páginas finales de este libro, más que demostrar la racionalidad de la fe cristiana, se pretende mostrar que, enfrentada a los hechos históricos, resulta lo que «puede ser denominada la mejor explicación» de ellos (p. 143).

Aunque sin un valor teológico relevante (no entra en discusión con los más conocidos filósofos de la religión contemporáneos), esta obra es un ejemplo de ese género teológico nacido en los primeros siglos de la era cristiana: la apología. Como tal, tiene un valor relativo en cuanto se dirige a un grupo determinado de personas —hombres relativamente cultos y con una buena disposición de discutir los prejuicios dominantes en su ámbito cultural. En este sentido el libro de Meynell tiene su valor característico, acentuado por su conocimiento de los plantea-

mientos en boga, de las raíces que tienen en la historia del pensamiento y por el ingenio y sentido común que en el mismo desarrolla.

J. M. Otero

Heinrich OTT, *Apologetik des Glaubens. Grundprobleme einer dialogischen Fundamentaltheologie*, Wissenschaftliche Buchgesellschaft Verlag, Darmstadt 1994, 212 pp., 14, 5 x 22.

El Autor es Profesor de Teología sistemática en Basilea y ha publicado varios estudios sobre pensadores modernos, además de una síntesis de teología dogmática a la cual ha querido también titular con el calificativo de *dialogal* o *dialogante*. Su pensamiento se mueve dentro de unas coordenadas amplias, que incluyen el conocimiento de Rahner y de otros teólogos católicos, aunque el *humus* de su teología sea netamente protestante.

Al igual que la calificación típica de Wandelfels (teología fundamental *contextual*), el carácter dialogante de la teología —o la necesidad de pensarla en un contexto cultural e históricamente actual— es quizá una redundancia: una teología no dialogante o descontextualizada (elaborada en un plano atemporal, que no tuviera en cuenta la situación y los problemas del hombre actual) no sería auténtica teología. Esto es consecuencia de la vocación sapiencial que es innata al quehacer teológico, vocación que implica el esfuerzo por estar al tanto de los avances capitales de la cultura humana y del dialogar con los demás científicos —en especial, con los dedicados a las Humanidades—, con la esperanza de que en dicho diálogo se enriquezca el pensamiento teológico y a la vez se estimule